

BERMUDO,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

A. MADAN Y GARCÍA,

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1875.

BERMUDO.

LIBRERIA DE CUESTA
CAROLITAS 3 MADRID



Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

BERMUDO,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

A. MÁDAN Y GARCÍA.



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

715855

PERSONAJES.

BRUNEQUILDA.

AMAGILDA.

MAUREGATO.

BERMUDO.

RAMIRO.

RODRIGO.

FERRAN.

SANCHO.

LOPE.

FRAY LEOVIGILDO.

EL PADRE PRIOR DEL CONVENTO DE TINEO.

EL CAPITAN DE LAS GUARDIAS REALES.

Aldeanos, pueblo, guardias reales, soldados, moros, etc.

La accion en Oviedo.—Siglo VIII.

Á SU MUY QUERIDA TIA

LA SEÑORA

DOÑA ANTONIA MÁDAN DE ALFONSO

dedica este humilde ensayo

El Autor.

Madrid, 1.º de Setiembre de 1875.

Este drama pertenece exclusivamente á su autor, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso lo reimprima ó represente, en virtud de las leyes sobre la propiedad literaria.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Los Sres. ALORDA y GONZALEZ, son los únicos encargados por el autor para cobrar los derechos de representacion y la venta de los ejemplares.

ACTO PRIMERO.

Plaza espaciosa á la salida de Oviedo.—Árboles y enramadas por los lados.—Por el fondo casas, que aparecen á alguna distancia en un paisaje agreste.

ESCENA PRIMERA.

RAMIRO, FERRAN.

Ramiro atraviesa la escena de la izquierda á la derecha; ántes de desaparecer por ésta última, sale Ferran.

FERRAN. ¡Ramiro! ¿Qué haces aquí
tan de mañana?

RAMIRO. (Volviendo.) Ferran,
vine á disponer la fiesta
que hoy debemos celebrar.
Triste es fingir alegría,
demostrar fingida paz,
cuando en el fondo del alma
está rugiendo un volcan;
encubrir con la apariencia
la escondida realidad;
ocultar con carcajadas
de lágrimas un raudal!

FERRAN. Es cierto, al pueblo agobiado
en silencio su pesar

devora; ni aún le permiten
que lo trasluzca en su faz!
¿Pero qué causa ese júbilo?

RAMIRO. ¿No has leído el bando ya?
La reina doña Amagilda,
tras penosa enfermedad,
un heredero dió al trono...

FERRAN. (Interrumpiéndole.)
Dí mejor al falso altar
que se erigió por sí mismo
el usurpador audaz
del Silo!...

RAMIRO. Notables lizas
y justas celebrarán
por do quiera; Mauregato
cree en el niño saludar
una larga sucesion
de reyes...

FERRAN. ¿Olvidará
que la traicion que á su frente
ciñó la diadema real
puede otra vez arrancársela?

RAMIRO. Correos vienen y van
llevando la fausta nueva
de la villa á la ciudad.
Desusada esplendidez
adorna la capital...
y mientras... el pobre pueblo,
acallando su pesar,
con vivas rinde homenaje
del nuevo infante al natal.
Ya los monjes de Tineo,
desde el convento en que están,
alzan preces invocando
de los cielos la bondad;
y entre tanto el pobre niño,
causa de todo este afan,
da sólo débil gemido
de su existencia en señal.
Grandes ofertas se han hecho
á la celeste bondad
por el restablecimiento

de la reina...

FERRAN. Creo que habrán
mandado tambien á Córdoba
alguno á participar
la nueva del régio infante
al Califa Abdelrahmán.

RAMIRO. Sí, pero en esa embajada
otra causa tambien hay;
el tirano, que segun
dice la voz popular,
es con el grande pequeño
y con el pequeño audaz,
al Califa sarraceno
pide con mucha humildad
que le conceda una próroga
para sus feudos pagar.

FERRAN. ¡Aún subsiste ese tributo,
padron de odiosa crueldad,
de las maldades de Fruela
como acusador tenaz!

RAMIRO. Gracias á él, sin embargo,
consintiera el musulman
en no extender sus dominios
despues del Guadalaviar.

FERRAN. ¡Súbditos suyos seríamos!

RAMIRO. Te equivocas, buen Ferran;
el que tiene un corazon
y lanza sabe empuñar,
y con indomables bríos
regir puede el alazan,
no así se rinde cautivo
si guarda honor y es leal!

FERRAN. ¡Cuánto, cuánto sacrificio
cuesta ese feudo fatal!
¡Por él hemos soportado
más de un odioso desman,
por él las nobles hazañas
son hoy recuerdo no más!
Los cálices que de oro
eran diez años atrás,
hoy son cálices de tierra
que profanan el altar!

¡Nuestras iglesias cristianas
despojadas véñse ya
de esos valiosos tesoros,
reliquias de ignota edad,
que las mezquitas de Córdoba
hoy enriqueciendo están!
La cosecha no da mieses,
el campo frutos no da,
y más que campo parece
un páramo sepulcral.
Casi el ganado no existe,
que el mejor robado han,
y el que queda busca en vano
pasto para sustentar.
Nuevas torturas se hicieron,
aguzóse la maldad
para descubrir tormentos
y suplicios inventar...
Las tumbas de nuestros padres
hoy profanadas están,
y hasta la faz del cadáver
quiso el oprobio manchar.
¿Qué hemos de esperar de un rey
que consiente escarnio tal?
Rey que permite que roben
ganado, tierra feraz,
honor, vergüenza, ventura,
pudor, religion, lealtad,
y que no contento aún
hasta al averno fatal
casi con sus liviandades
lográra atemorizar?

RAMIRO. ¡Es cierto, Ferran amigo!
¡La maldicion celestial
sobre su torpe cabeza
en caer no tardará!

FERRAN. ¿Crees que consienta el Califa
ese plazo en prorogar?
(Óyese un ruido de clarines fuera.)

RAMIRO. En breve podrás saberlo,
porque lejano no está,
á juzgar por los rumores

de esa corneta marcial,
el enviado, que es Sancho...

FERRAN. (Mirando por la derecha.) Es cierto, mírale ya.

ESCENA II.

DICHOS, SANCHE.

RAMIRO. (Saliendo á su encuentro.)
Sancho, ¿qué nuevas nos traes?

SANCHE. (Enjugando el sudor de su frente y con las señales
de una notable fatiga.)
¡Mi frente inundada está
por el sudor; desde Córdoba
caminé sin descansar
hasta Oviedo!...

RAMIRO. ¿Y el Califa
acepta el plazo?

SANCHE. Escuchad;
(Situándose entre ambos.)
Oyó leer el mensaje
con gran calma Abdelrahmán;
y despues que el pregonero
concluyó de pronunciar
su última frase, el Califa
levantóse del sofá,
cuyos mullidos cojines
la paz del lecho le dan.
Una sonrisa en sus labios
dibujóse de piedad,
sonrisa que yo tan sólo
pude astuto vislumbrar;
pues los moros respetuosos,
al contemplar su ademan,
hasta el duro pavimento
bajaron la abyecta faz!
—«Concedo tres meses, dijo
con grave solemnidad,
al cristiano rey de Astúrias;
juro que ántes de espirar
ese plazo, una vez sola
el alfanje musulman

del español con la débil
coraza no chocará...
Pero si espirase el término
y está el feudo sin pagar,
tambien juro por los sacros
preceptos del alcorán,
que he de hacer tal escarmiento
en la asturiana ciudad,
que no ha de quedar ni un solo
español, noble ó leal,
para la mengua afrentosa
de esa jornada narrar!»
Calló el Califa y salíme
tropezando aquí y allá,
que el rubor que me embargaba
trocára en oscuridad
los luminosos matices
de la antorcha celestial.
¡Ciego tornóme la rabia
al escuchar tal desman;
la impaciencia me mataba,
dominábame el pesar,
y así, víctima á la vez
de vergüenza y ansiedad,
enclavando las espuelas
en el brioso alazan,
de Córdoba maldiciendo
salí mi estrella fatal,
con la ira dentro el pecho
y el rubor sobre la faz!

RAMIRO. Tu desgracia compadezco,
que no es digno de envidiar
el ser de un rey emisario
que holla sin púrpura real
tolerando los denuestos
de un califa musulman.

SANCHO. Voy sin más tregua al alcázar
la innoble respuesta á dar,
y en seguida, amigos mios,
sin tardar un punto más,
colgando esta ociosa espada,
que es de mi burlado afan

perenne y mudo testigo,
mi vasallaje feudal
romperé, haciéndome súbdito
de un rey que sepa lidiar;
de un rey que cifre su gloria
en la guerra, y no en la paz,
de un rey, en fin, que no sea
soberano nominal! (Observando á su alrededor.)
¿Mas qué significan estas
desusadas galas?

FERRAN. Hay
hoy en honor de Amagilda
solemne festividad.

RAMIRO. Á enseñarte voy el bando
que el rey mandó publicar...

SANCHO. En vez de inútiles fiestas,
sarcasmo en momento tal;
debiera ese rey la espada
con noble anhelo empuñar;
y acaudillando su hueste,
pedir cuenta al musulman
con las lanzas, de las frases
de su insultante piedad!

(Vánse por la izquierda. Queda sola la escena durante algunos instantes, hasta la llegada de Bermudo, que aparece en actitud reflexiva por la derecha.)

ESCENA III.

BERMUDO, solo.

¡Triste, eterno padecer,
de pesares red profunda!
¡Ni un solo apoyo tener!
¿Qué puede mi brazo hacer
si el pueblo no lo secunda?
Mi firme acento excitado
por el patricio cariño,
en balde los ha llamado...
el que Hércules fué asociado
sólo al verse es débil niño!
¡Mauregato, pronto el hado

dominará tus orgullos!
¡Tú, que granjearte has logrado
el odio de tu aliado
y el desprecio de los tuyos!
Tu estrella se ha oscurecido,
y de la expiacion el dia
ya en la cuádriga ha lucido
del déspota vil que ha sido
tirano por cobardía!
Cuando este grito de guerra
lanza el pueblo montañés,
grito que á tu alma aterra,
pues sólo el temor encierra
en su innoble pequeñez,
cuando la vibrante espada,
llena de mengua y baldon,
por su dueño abandonada,
junto á la lanza colgada
llora su larga inaccion;
esperando el dia querido
que del sueño la reponga;
cuando en su sombra el olvido
la memoria no ha podido
aún borrar de Covadonga;
cuando al infame enemigo
queremos probar al rayo
de este furor que aquí abrigo,
que si ha existido un Rodrigo
tambien existió un Pelayo,
tú en licencioso abandono
y en continuados festines,
cabe el espléndido trono
sufres tranquilo el encono
de los déspotas muslines!
Y en vez de empezar la guerra,
dejando en pedazos hecho
ese pacto que destierra
al labrador de su tierra
y á la honra de su pecho,
tan solo has sabido ahogar
con el furor de la lanza
la indignacion popular

que hacía hasta tí llegar
los ecos de su venganza!
¡Ó con infame torpeza
del vencedor bajo el yugo
colocaste la cabeza
que por su altiva fiereza
bajaba la del verdugo!
¿Tu ambicion no se colmára?
¿Qué más pretendes, tirano?
¡Hasta Oviedo se anegára,
si en la sangre se bañára
que hizo derramar tu mano!
¡Teme de ese cielo el rayo!
¡Teme su inmutable ley!
¡Mira que de Dios el fallo
premiando al mártir vasallo
castiga al verdugo-rey!
(Rodrigo, que ha aparecido por la izquierda algunos momentos ántes, se presenta.)

ESCENA IV.

BERMUDO, RODRIGO.

BERM. ¡Oh! padre mio...

RODRIGO. Bermudo,
tu voz he estado escuchando;
Siempre triste, cavilando
en ese dolor tan rudo.

BERM. Rodrigo, de la venganza
podrá el acento acallarse
si en ella llega á cifrarse
la más risueña esperanza?... (Conteniéndose.)
Perdona... no es la verdad...
(Ap.) (¿Por qué desterrar su calma?)
(Alto, con cariño.)
Tú y Brunequilda de mi alma
formais la felicidad.
Vosotros, penas impías
apartando de mi ser,
sois mi dicha, mi placer,
mis únicas alegrías.

RODRIGO. Con justa razon reclamo
una parte en tu cariño,
Bermudo; des que eras niño
como á mi hija te amo.
Pero á comprender no atino
tus exaltados acentos;
la causa de tus intentos
por Dios que no la adivino!
En cuanto del jardin gayo
vayan las flores doblando
sus cálices, anunciando
que ha pasado el mes de mayo,
te juro hacerla tu esposa...

BERM. Me haces dichoso, Rodrigo,
por ese afan que bendigo...

RODRIGO. Tambien la torno dichosa...
y hasta el viejo participa
de vuestro goce sonriente!

BERM. ¡Padre!

RODRIGO. ¿Por qué de tu frente
la arruga no se disipa?
¿Por qué esta nueva al saber
se quedan mudos tus labios;
por qué, desechando agravios,
no hallo en tu rostro el placer?

BERM. Culpa á mis muchos tormentos
si robo por fin tu calma...
Rodrigo, agitan mi alma
extraños presentimientos!
Explicarte á la verdad
no pudiera esta creencia,
mas luchan en mi existencia
la ilusion, la realidad!
De nuestra próxima union
al saber la fausta nueva
un eco en mi ser se eleva;
el eco de la ilusion!
Me presagia dichas mil,
venturas, inmenso bien,
mostrándome el grato eden
de un interminable abril.
Pero luégo en la mitad

del pecho otra vez resuena,
que de inquietudes me llena:
la voz de la realidad!
Así, en reñido combate,
no sé qué pensar, Rodrigo...
¡Ni aún explicarme consigo
el doble afán que aquí late!
Si atiendo al presentimiento,
verdugo soy de mi dicha;
si desoigo á la desdicha,
me expongo á duro escarmiento!...

RODRIGO. Olvida ya esa inquietud,
cuyos temores te oprimen;
en buen hora tema el crimen,
pero nunca la virtud!

(Al ver que no contesta.)

Harás que al fin interprete
mal la pena que te hirió.

BERM. (Abstraido.) ¿Por qué la España se hundió
en el río Guadalete?

¡Vaga, indecisa memoria
que casi el tiempo borró;
Rodrigo es cuanto quedó
de tanta grandeza y gloria!
Este ardor patrio que alabo
no quieres que en mi alma vibre,
cuando miro un pueblo libre
que se torna un pueblo esclavo?

RODRIGO. Bermudo, tregua á tus penas
dé la voz de la esperanza.

¡El destino en su mudanza
rompe también las cadenas!
Bálsamo puro destila
la fé...

BERM. Nadie lo dudó...

RODRIGO. Un Aécio no rompió
las cadenas de un Atila?
Quien en su Hacer confía
ve un sol que risueño asoma...
El cetro no aplastó Roma
de la imperial tiranía?
Ve cual los tiranos son

de la muerte siempre el fruto,
Julio César tuvo un Bruto,
Tiberio tuvo un Neron!
Ve cómo al fin enemigo
el hado los martiriza...
Rodrigo para Witiza
y Tarik para Rodrigo!...
Mauregato, de su suerte,
¿verá el puñal homicida?
¿La traicion que le dió vida
no puede labrar su muerte?
¿Olvidará su destino
que con prepotencia suma,
el cielo que premia al Numa
tambien castiga al Tarquino?
Cesa; tu punzante pena
con la reflexion transija,
que aquí se acerca mi hija
á nuestra plática ajena.
Con la astucia más sutil
ocúltale tu pesar;
no en duelos quieras trocar
su gozo casi infantil.

ESCENA V.

RODRIGO, BERMUDO, BRUNEQUILDA.

BRUNEQ. Bermudo!

BERM. Mirarte puedo;
dó estabas, hermosa niña?

BRUNEQ. Contemplaba la alegría
que reina hoy en Oviedo.
¿Qué has visto?

BERM. La admiracion
superó á mis ambiciones...
Quiero de tus impresiones
escuchar la descripcion.

BRUNEQ. Frente al convento, Bermudo,
de Santiago, y á la sombra
de los olmos, en la alfombra
que extiende el césped menudo

disfrutando de su bien,
risueños y alborozados,
en grupos mil fraccionados
nuestros donceles se ven;
aunque á veces al destello
de esa mágica lumbrera,
tras la jóven cabellera
lucen un plateado cabello.
Que ansiosos tambien de ver
los desusados festejos,
reclaman hasta los viejos
una parte del placer.
Agrupadas las doncellas
en lecho de yerbas blandas,
ostentan en sus guirlandas
de las flores las más bellas.
Cendales de blancos linos
contorneando su cintura,
dan realce á la hermosura
de sus rostros peregrinos.
Ávidos de tanto bien
otras despues aparecen
y del baile se estremecen
al cadencioso vaiven.
Ya se enlazan al través
si el cansancio las enerva,
trinchando la endeble yerba
con sus diminutos piés;
ó al son de los tamboriles,
con sus juegos seductores,
llenan de ardientes amores
los cerebros juveniles.
La dicha en fin florecía
sin espinosos abrojos;
¿quién no olvidó sus enojos
al ver aquella alegría?

RODRIGO. (Á Bermudo.) Celebran el mes de Mayo.

BERM. (Á Rodrigo.) Pues yo miro en esa paz
el relámpago fugaz
que precede siempre al rayo.

BRUNEQ. (Volviendo á la derecha.)
Acercarse aqui les plugo.

¡Qué feliz soy!

RODRIGO.

¡Brunequilda!

PUEBLO. (Al salir.) ¡Viva la reina Amagilda!

BERM. (Ap.) (¡Pueblo, devora tu yugo!)

ESCENA VI.

DICHOS, RAMIRO, ALDEANOS DE AMBOS SEXOS.

RAMIRO. Brunequilda!

BERM.

No me engaño?

Me llaman.

RAMIRO. (Acercándose á Bermudo.) Bermudo amigo,
el pueblo con voz unánime
para reina la ha elegido
(Señalando á Brunequilda.)
del alegre mes de Mayo,
mas si te opones no insisto...

BERM. Por el contrario, agradezco
ese empeño tan solícito
con que el pueblo quiere honrarla...
Pero escúchame, Ramiro,
(En voz baja.)
cuándo llegará el momento
que tanto ansiamos?

RAMIRO. (Id.) Propicios
no son aún los actuales,
pero estamos prevenidos.

(Toma de uno de los Aldeanos una guirnalda de
vistosas flores, y se dirige á donde está Brune-
quilda junto á Rodrigo.)

Brunequilda, el pueblo todo
tu nombre en múltiple grito
pronuncia para que seas
la reina del mes florido.

Durante estos treinta dias,
del año los favoritos,
tu cuerpo habituado siempre
á las faenas del trigo,
sobre un lecho de mil flores,
por nuestras hijas tejido,
hallará grato descanso

del sol ardiente al abrigo.
Tus más extraños deseos,
tu más difícil capricho,
nuestro pueblo, Brunequilda,
sabr  complacer sumiso.
Durante un mes, del trabajo
en vez, cansado y continuo,
de las lizas del amor
sabr  premiar los estímulos.
Tu reino bendeciremos
todos con júbilo íntimo;
y encontrando mejor suerte
que los monarcas caidos,
cuando tu cetro de flores
se torne m stio y marchito,
cuando del rústico trono
que perfuman rosa y mirto
desciendas, siempre el reflejo
de esta dicha que has tenido,
dar    tu sueño colores
con sus destellos benignos.

BRUNEQ. (Vacilando.) Padre mío!...

RODRIGO. Gracias d ite

en nombre suyo, Ramiro,
al aceptar por tus labios
un favor de otras más digno...

PUEBLO. Viva Brunequilda.

BRUNEQ. Padre!

 c mo late conmovido
mi pecho!

RAMIRO. Aquí la corona
está de laurel y mirto
qué soberana te hace.

(Rodrigo la coloca sobre la cabeza de su hija.)

RODRIGO. Cómo palpita en sus ímpetus
mi paterno pecho al verte,
adorado arcángel mío,
del pueblo que te proclama
el objeto preferido!

BRUNEQ. Bermudo... nada me dices!
Siempre est s triste, sombrío.

BERM. (Saliendo de su abstraccion.)

Brunequilda de mi vida;
ingrata, mi gozo sincero
puedes en duda poner,
tú de mi existencia el ídolo?

RAMIRO. Comience el baile en buen hora...

BERM. (De pronto conteniéndose.)

**Silencio todos! Rodrigo,
no escuchas allá á lo lejos
tras esas rocas un ruido
que va creciendo?**

RODRIGO. Aprensiones!

Es quizás el eco mismo
que en su vibracion repite
de esta algazara los gritos!

BERM. (Despues de escuchar atentamente.)

No me engaño. Acostumbrado
estoy desde que era niño
á vivir entre las peñas,
y ese ruido es muy distinto
del rumor que causa el eco...

RODRIGO. Es cierto!

BERM. No oyes, Ramiro,
de soldados que se acercan
en pelotones reunidos
las marchas acompasadas?..

BRUNEO. Ten de mí piedad, Dios mio!...

BERM. Cuán efímero en la vida
 es del placer el delirio...
 ¿Hubieras, hace un instante
 este dolor presumido?

RODRIGO. Bermudo, no te equivocas!...

Todos. Ferran!

(Llega Ferran por la izquierda corriendo y con las señales de la más violenta agitación. Todos le rodean.)

ESCENA VII.

DICHOS, FERRAN.

FERRAN.

Escuchadme, amigos!

Un grupo de montañeses
veloz se acerca á este sitio.
Tras esas peñas oculto,
compañeros, los he visto.
No trateis de huir, ¡es tarde!
En dos alas divididos,
cercán todas las salidas
formando compacto círculo!

BERM. (Con la energía que la situación reclama.)

Asturianos, si la suerte
nos ordena un sacrificio,
aceptémosle á la vez
del padecer por los vínculos.
Pero si ataca al honor
cual me presagia un instinto
esa emboscada del rey,
en leones convertidos
morir cubiertos de honra
preferamos á rendirnos!

TODOS. Sí, lo juramos!...

FERRAN. Ya llegan.

BRUNEQ. Ampáranos, Jesucristo!

ESCENA VIII.

DICHOS, el CAPITAN DE LA GUARDIA DEL REY, SÓLDADOS.

CAPITAN. (Después de hacer tocar el tambor, en el centro, leyendo.)

«Por la gloria del Señor
poderoso, Mauregato, (Todos se descubren.)
de Oviedo, Astorga y Leon
absoluto soberano,
con noble anhelo desea
salud al dócil vasallo,
que obediente de la ley
los preceptos ha acatado,
y maldicion al rebelde
que hace del código escarnio.
Al buen pechero Rodrigo...»

BERM. Rodrigo!

BRUNEQ. Padre!

CAPITAN. (Continuando.) «Ordenamos
que á su hija Brunequilda
nos entregue sin espacio...»

BRUNEQ. Cielo santo! ¡Qué escuché!...

BERM. Brunequilda, cobra el ánimo,
que no harán tal mientras pueda
regir la espada mi brazo!

CAPITAN. (Continuando.) «El honor de completar
el feudo le reservamos,
feudo que hemos concedido
á Abdelrrahmán, el muy alto
y poderoso Califa,
de sus bondades en pago.
En el palacio de Oviedo,
á primer día de Mayo,
firmó el rey con una cruz
de cuatro puntos y un rasgo.»
(Suenan de nuevo el tambor.)

UNO DEL PUEBLO.

¡Compasion!

OTRO. ¡Pobre doncella!

CAPITAN. (Á Rodrigo.) Tu respuesta sólo aguardo.

RODRIGO. (Abismado.) ¡Brunequilda!

CAPITAN. ¡No contestas?

KAMIRO. Infeliz, se ha desmayado
de su deshonor al saber
todo el penoso calvario!

BRUNEQ. (Volviendo en sí.)
Padre mio, ántes la muerte
que consentir tal escarnio.
(Al pueblo.)

¡No permitais que me arrastren
del Califa hasta los brazos!

RODRIGO. (Ap. en el proscenio.)
(La hoja de este puñal
solamente del tirano
pudiera aplacar la cólera...
Pero matarla, Dios alto!
Las lágrimas de mis ojos
brotan en copioso llanto!
¡Yo que desde la jornada
de Jerez no habia llorado,

al ver en el Guadalete
la tumba del castellano!
Pero ella es toda mi gloria;
de mis pesares el bálsamo,
la única luz que ilumina
los pasos del pobre anciano!
Yo que un tiempo la miré
crecer con orgullo tanto!
es mi única ambicion,
tesoro que me envidiaron,
hallándola tan preciosa,
los propios y los extraños!
¡Mi riqueza! ¡No hay diamante
en el cordobés serrallo
para comprarla; no tienen
Abdelrrahmán, Mauregato,
todos los príncipes juntos,
joyas de precio tan alto!
Con qué tesoro se puede,
con qué dineros, menguados,
pagar á un padre infeliz
la hija que pierde?

CAPITAN. Aguardo
aún tu respuesta, Rodrigo,
para darla al soberano!

RODRIGO. (Sin escucharle.)
Si consentí en que á Bermudo
la juntára el nupcial lazo,
fué porque me prometieron
no abandonar al anciano!
(Contemplando á Brunequilda.)
Esperaba que al volver
agobiado del trabajo
mi vuelta aguardara ansiosa,
seguro de hallar sus manos
para enjugar el sudor
que va la frente brotando;
dos ojos, los ojos suyos,
para con amor mirarlos,
y una voz, su dulce voz
que me recibe cantando
en populares romances

las hazañas de Pelayo!

BRUNEQ. Oh! Cuán desgraciada soy...

BERM. (Dirigiéndose á donde está Rodrigo.)

Rodrigo, basta de llanto!

RODRIGO. Cuando la voy á perder
me aconsejas tú secarlo?

CAPITAN. (Con impaciencia.)

Rodrigo, por vez tercera
que me contestes reclamo!

RODRIGO. (Ap.) Preciso es hacer al fin
este esfuerzo sobrehumano!

(Acércase á Brunequilda, y cuando lo marca el
diálogo, saca con prontitud un puñal para hierirla.
Bermudo, que ha visto la acción, se interpone, su-
jetándole el brazo y apoderándose del puñal.)

Brunequilda, hija, que Dios
te acoja en su cielo santo
tan pura como tu padre
te bendice!...

BERM.

Atrás el brazo!

Rodrigo, arroja un puñal
que á tu honor no es necesario!

(Al pueblo.)

En murallas convertidos
su inocencia defendamos!
Pueblo que ansiabas romper
las cadenas de un tirano,
vibra las lanzas ociosas,
sacude el yugo pesado
que te agobia...

CAPITAN. (Á los suyos.) Sin más treguas
acometedles, soldados!

(Los soldados se arrojan sobre el pueblo. Bermudo
defiende á Brunequilda. Después de cortos ins-
tantes de lucha, el pueblo se retira por todas di-
recciones. Quedan en la escena sólo Bermudo, Bru-
nequilda, Rodrigo y el Capitán con sus soldados.)

ESCENA IX.

BERMUDO, RODRIGO, BRUNEQUILDA, el CAPITAN,
SOLDADOS.

- BERM. (Luchando siempre.)
Se van, todos me abandonan!
Huid, cobardes; yo basto,
yo solo, para vengar,
mientras aliente mi ánimo
la ofensa que hacerme quiere
el déspota Mauregato!
- CAPITAN. Sujétadle y sin piedad
atadle junto á aquel árbol.
(Se arrojan los Soldados sobre Bermudo, haciendo
lo que se ha indicado.)
Bermudo, me inspiras lástima!
De tu furor obcecado
domina el funesto ímpetu!
- BRUNEQ. Padre!
- RODRIGO. Mi esfuerzo es ya vano!
- BERM. Matadme! (Al Capitan.)
- RODRIGO. (Hecho prisionero.) Hiende en mi pecho
tu infame lanza, soldado!
- CAPITAN. (Á algunos Soldados.)
Quedad vosotros allí
las salidas custodiando!
(Á otros.) Vosotros, á Brunequilla
llevad del rey al palacio.
(El Capitan se retira; los Soldados se llevan á Brunequilla y Rodrigo.)

ESCENA X.

BERMUDO, solo.

Oh! no me escuchan los cielos
ni Dios me tiene piedad...
atado! (Tratando de desatarse.) Vana ansiedad!
nada alcanzan mis anhelos! (Mirando al cielo.)
Por qué al torpe soberano
no castiga ya tu fallo?

Para qué sirve ese rayo
que no aniquila al tirano?

ESCENA XI.

BERMUDO, FERRAN, RAMIRO, LOPE, en el proscenio,
PUEBLO, por el fondo.

BERM. Amigos, mi corazon
no por el mal que ha pasado
en mí palpita agitado,
trémulo de indignacion!
Mi acento más de una vez
lleno de ira os mostró
toda la hiel que guardó
de mi pecho la altivez,
al contemplarse testigo
de ese padron ominoso,
resultado vergonzoso
de la maldad de Rodrigo.
Más de una vez nuestras manos
en silencio se estrecharon,
y unidas adivinaron
del corazon los arcanos,
miéntras los ojos al cielo
demandando compasion,
buscaban resignacion
para soportar su duelo.
Cuántas veces las miradas
se llegaron á encontrar,
contemplando con pesar
esas lanzas olvidadas!
Lanzas que llorais aún fieles
las manos que os dirigieron;
espadas que un tiempo dieron
á España tantos laureles,
dónde estais? Sin dilacion
por qué no arrancais clemente
la vergüenza de las frentes
y la hiel del corazon?
Ya cuando el ronco sonido
de la trompeta marcial,

en el pecho del leal
resuena como un quejido;
quejido que al alma inmola
cual daga punzante y fría,
que es el grito de agonía
de la altivez española,
qué vemos? Á Mauregato
nuestras calles recorriendo,
púrpura y oro vistiendo
con descomunal ornato,
rodeado ¡suerte arbitraria!
existiendo castellanos,
de gardingos africanos
por la hueste mercenaria!
Cuándo se habrá visto, amigos,
que así á la lumbre del sol
vaya un monarca español
cuidado por enemigos!
Tropa deshonrosa, sí,
que el Califa Abdelrrahmán
de su miedo ante el afán
le envió con frenesí,
no por librarle á traiciones
ó prestarle proteccion...
por añadir un baldon
aún más á nuestros baldones!
La sangre no habeis sentido
hervir con violentos fuegos?
Por no ver tal mengua, ciegos
ser no hubiérais preferido?
No habeis querido morir
tan sólo por terminar
el dolor de contemplar
tal escándalo al vivir?

FERRAN. Muerte y sangre nuestra saña
queremos para aplacar;
que á Brunequilda al vengar,
vengamos tambien á España!
Que no quede cicatriz
siquiera de tal baldon;
alcemos el pabellon,
levantemos la cerviz,

y en esa lucha cristiana
todos, de completo acuerdo,
borremos hasta el recuerdo
de la invasion africana!
Esos cielos nos guiarán
en la lid sangrienta y cruel,
lucha que decreta fiel
la cruz contra el alcorán.

LOPE. De la voz de la prudencia
el eco debeis oir;
necesario es extinguir
la ansiedad de la impaciencia.
El ardor del corazon,
si quiere frutos lograr,
debe siempre refrenar
la calma de la razon.
De ese modo lograremos,
si no secar nuestros llantos,
no acumular más quebrantos
á los muchos que tenemos.
Así, escapando al traidor,
veneno de los pesares,
posecrán nuestros hogares
una hija con honor.
Y al obrar con sensatez,
un hijo podrá quedar
al padre para endulzar
las horas de su vejez;
un hijo cuyos desvelos
logren tal vez al morir,
á los suyos trasmitir
la herencia de estos abuelos!

FERRAN. Quieres tú que calme observe!
calma que el triunfo retarda!
La sangre del viejo aguarda,
la sangre del jóven hierve!

LOPE. Olvidas, niño, quién soy
al despreciar mi consejo?
Olvidas viéndome viejo
y porque sin fuerza estoy,
que he sido aquel que libró
una ciudad castellana

de la furia musulmana
que hasta Astorga nos siguió?
Olvida esa exaltacion,
Ferran, al avasallarte,
que yo enclavé un estandarte
sobre el muro de Gijon?
Que yo por España olvidas
más gotas de sangre he dado
que frases has balbuciado
tú por sus glorias perdidas?

BERM. Perdona su pátrio ardor...

LOPE. Le perdono porque veo
que un noble y leal deseo
da impulsos á su valor.
Mas limite la prudencia
su justificado enojo...

¿Para qué sirve el arroj
que desdeña la experiencia?

BERM. Amigos, si no mirára
que ya el cáliz está lleno
por ese amargo veneno
que nuestra audacia coartára;
ó si esta desgracia ruda
recayese sólo en mí,
yo con tanto frenesí
no invocára vuestra ayuda.
Yo no os pidiera sin pausa
que tomáseis interés
por la causa mia, que es
tambien vuestra misma causa
y lejos de encomendarla
á vuestros probados bríos,
yo tan solo, amigos mios,
me encargára de vengarla.
Por ella al morir con gloria,
desde mi tumba algun dia
el recuerdo escucharía
que me legaba la historia:
Bermude, murió á la saña
de cobarde tiranía,
porque vindicar quería
la innoble mengua de España!

Pero es el móvil, amigos,
de estas luchas inhumanas,
á nuestras hijas y hermanas
librar de los enemigos!

Yo el sabio consejo acato
de la voz de la experiencia:
arrancarlas con violencia
no es posible á Mauregato.
Ya lo habeis visto; al abrigo
del trono está de cien reyes;
violar nuestras mismas leyes
fuera buscarnos castigo;
nuestro enojo contener
sin embargo no podemos
del rigor á los extremos.

RAMIRO. Qué hacer entónces?

BERM. Qué hacer?

Ir á donde está el tirano.

LOPE. Nos pondrán impedimento.

RAMIRO. No tal, por el nacimiento
del príncipe soberano.

BERM. Es preciso que una voz
de la voz de todos eco,
pueblo de la sala el hueco
con su vibracion veloz.
Preciso es que al pié del lecho
do yace la reina orando,
llegue sin miedo, invocando
su mutilado derecho,
yo, Bermudo, un artesano,
presentando ante sus ojos
el cuadro en que los enojos
están del dolor insano,
de la miseria incesante,
de la angustia continuada,
de la libertad hollada,
de la vergüenza punzante
que el pobre pueblo amontona
hoy por únicos tesoros,
miéntras que viven los moros
á expensas de la corona.
No acusaré á Mauregato

de cobarde y débil rey;
acataremos la ley
con patriotismo sensato.
Que fije del asturiano
un término á la agonía...
¡Que muera la tiranía
aunque no muera el tirano!
Aunque al oírnos se enoje
arrostraremos su enfado,
preciso es que avergonzado
de sus hechos se sonroje!
Que conquiste los derechos
de un trono que solo es suyo...
Infiltrémosle el orgullo
que hace latir nuestros pechos;
que al escuchar nuestro afán
sin cobardes objeciones
rechace las pretensiones
del Califa musulmán;
que el convenio mercenario
rompa, desechando el miedo...
Que se indigne el rey de Oviedo
de ser un rey tributario!
Que en la luz de la esperanza
encuentre por fin su ardor,
valor en nuestro valor,
confianza en nuestra confianza!
Y en fin, que ese pacto abyecto
rompan diciendo sus labios:
¡Pueblo, olvida tus agravios
y dame otra vez tu afecto!

Todos.

¡Viva Bermudo!

BERM.

Pensad

que en esa lucha intranquila...

FERRAN. (Interrumpiéndole.)

Qué pueblo es el que vacila
por lograr su libertad?

BERM.

No encontraremos abrigo
á nuestra persecución.

LOPE.

¡Dios te da su inspiración,
todos iremos contigo!

RAMIRO. (Tomando una bandera de mano de uno de los al-

deanos.)

Á tí, de tu pueblo el rayo,
como jefe te aclamamos,
y sobre tí desplegamos
el lábaro de Pelayo!

BERM. (Tomando la bandera y con la vehemencia que la
situacion exige.)

• Por esta santa bandera
que en Covadonga triunfante
dejó el recuerdo constante
de nuestra pujanza fiera,
os juro yo con lealtad
bajo su sombra morir,
si no consigo adquirir
la española libertad.
Que la historia que nos vió
diga al juzgar nuestra hazaña:
¡Si Julian vendió á la España
Bermudo la rescató! (Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una plaza, frente al palacio del Rey Mauregato en Oviedo. Entradas laterales. El palacio, que ocupa todo el fondo de la escena, tendrá una puerta bastante ancha, para permitir que la parte de acción designada desde la escena hasta el final del acto, pueda representarse dentro del edificio. Detrás de la puerta, que estará cerrada hasta la oportuna indicación, habrá una balaustrada, tras de la cual se colocarán la reina y el rey cuando el diálogo lo exija. Empieza á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

BERMUDO solo, embozado.

De la noche las nieblas apagando
fué la luna con pálidos fulgores;
y á su vez con reflejos seductores
va la aurora los campos esmaltando.
Aurora que á la flor de ténue broche
comunicas risueña tu alegría,
por qué á mi pena te mostraste impía?
por qué para mí siempre fuiste noche?
En balde quiero mi dolor insano
un instante calmar... Vana quimera!
Brunequilda! Te miras prisionera
y á la licencia expuesta del tirano!

:

Avecilla inocente, cuya vida
entre cándido bien se deslizaba,
desde la jaula que te torna esclava
llora, infeliz, tu libertad perdida!
Y Rodrigo tambien! De su osadía
pagando está quizás el noble arrojo,
del déspota al sufrir el crudo enojo
en las tinieblas de prision sombría!
Oh! la pena al sondear que me aquerella
la sangre de mis venas se enardece,
é incandescente lanza me parece
que estampa por mi ser profunda huella.
Acaba de asomar, ansiado día,
estas congojas decidiendo inciertas...
Palacio señorial, abre tus puertas
un término legando á mi agonía!
Y tú, muerte, tambien de tu beleño
concédeme el letal, suave reposo,
si decreta el destino riguroso
que siga mi esperanza siendo un sueño!

ESCENA II.

BERMUDO, LEOVIGILDO.

- BERM. Leovigildo?
LEOVIG. Yo soy, sí; qué te extraña?
BERM. Á estas horas aquí; sólo, sin guía...
LEOVIG. La cruz que me acompaña
me hace ver en la noche claro día.
No sabes que esa cruz, divina enseña,
ordena al sacerdote que la adora
compadecer al infeliz que sueña
y consolar al infeliz que llora?
BERM. Dices bien, si del llanto
consuelas el quebranto,
si de un pecho que mira sin bonanza
ante la saña del rigor funesto
perdida por completo su esperanza,
compartes el dolor, este es tu puesto!
LEOVIG. Basta ya de sufrir; cesa, hijo mio.
BERM. Que cese de llorar, á mí que evoco

la fortaleza en vano,
y que al verme impotente, á Dios invoco
un lenitivo de su amor cristiano?

LEOVIG. La extension de tu mal supe latente,
y por eso te traigo, cobra calma,
un consuelo á la pena de tu mente,
un bálsamo á la herida de tu alma.
Tranquilízate, pues...

BERM. Tantos agravios
y un sólo corazon. Padre, á ese cielo
que oir no quiere mis quejosos labios,
qué mal hice jamás?

LEOVIG. Cese tu duelo.
Si perdiste á la jöven que adoraba,
tu plácida esperanza,
no el alma á la afliccion rindas esclava;
recobra por lo ménos la confianza.
Si tuya no ha de ser, nunca ultrajada
verá con rudo afan, yo te lo fio,
su castidad virgínea, marchitada
por la torpeza del muslin impío.

BERM. Perdida para siempre! Oh! cruel tortura!
Y aún juzga tu razon fértil consuelo
para mi mal la acerba desventura
que arranca al corazon su solo anhelo?

LEOVIG. Apóyate en mi seno;
el cáliz del veneno
que con su hiel tu sinsabor satura
hasta las heces resignado apura...
Aléjate, Bermudo, de este cieno,
de este desierto páramo infecundo,
y á Dios tu corazon firme y sereno
ajeno eleva á la ruindad del mundo!
De lágrimas raudal viertan tus ojos
al condensar tus múltiples dolores;
desahoga en mi seno tus enojos,
que del árbol infiel de los amores
son las lágrimas, hijo, mústias flores!
Del convento las puertas
para ella están abiertas,
y en lugar del silicio de la esclava
que se encamina al cordobés serrallo,

su hermoso cuerpo de cubrir acaba
de la mártir cristiana el blanco sayo.
Dios su voz escuchó. ¡Dios la socorre!
y ya olvidando tétricos pesares,
del cielo nada más bajo las leyes,
despreciando del mundo los agravios,
murmuran sólo con fervor sus labios
el nombre del que fué rey de los reyes!

BERM. Y cómo pudo por extraña suerte
escapar á las furias de la muerte?

LEOVIG. Refugio dióle el templo;
ante la enseña de la cruz sagrada
que el sacerdote presentaba austero,
cayó al suelo la espada
de la mano del cruel alabardero.

BERM. Extraño temor siento...
¿Crees tú que lograr pueda
evitar de ese modo el escarmiento?

LEOVIG. Sí, Bermudo...

BERM. Permite que me asombre.

LEOVIG. Por qué extrañan un punto tus anhelos
que triunfasen las armas de los cielos
de las armas efímeras del hombre?

BERM. Y podrá Mauregato?

LEOVIG. Nada temas;
el jefe rechazando el sacrilegio
firmará un pliego con las reales nemas
que le concede extraño privilegio.

BERM. Alabado sea Dios, bendito sea;
si perdí mi ilusion con mi ventura,
la dulce imágen que á mi pecho queda
es el recuerdo de la vírgen pura.

LEOVIG. Ves cómo Dios piadoso á tus dolores
lenitivo ha vertido!

BERM. Padre mio,
sus bienes protectores
para mi ser son gotas de rocío!
El bálsamo divino que en mi alma
suavizó de los duelos la espereza
al dar á mi sufrir célica calma,
ascética y fecunda
ha sanado otra herida más profunda!

Qué son de esta miseria
que llamamos el cuerpo deleznable,
que son de la materia
la ansiedad, la desgracia insoportable,
cuando tranquilo el pecho
destierra de sus duelos la tortura:
y el corazón deshecho,
el cáliz eternal de la amargura,
olvidando del mundo los agravios
aparta por un punto de los labios?
A Brunequilla dí, que si aún el cielo
al claustro no la unió, que en breves días
la dicha hallando que soñó mi anhelo
de su hogar gozará las alegrías,
do le aguardan los brazos de un esposo
junto al seno de un padre cariñoso;
porque si Dios su inspiración me presta,
antes que el sol dos veces en Oriente
tras la colina enhiesta
oculte su fulgor resplandeciente,
en pedazos deshecho ese ominoso
pacto vil estará; baldon cruento
que de la hispana humillación sediento
al poder de un califa vergonzoso
nos somete con feudo bochornoso.

LEOVIG. Pobre joven! No miras, insensato,
que por nuestra desgracia
de tu férvido afán el arrebató
trueca en estéril tu indomable audacia?
Ó acaso el cruel exceso
de amarga hiel que atesoró tu alma,
de tan múltiples duelos bajo el peso
robó fatal de tu razón la calma?
De Mauregato un punto
contrapesar pudieras el empeño?

BURN. Podía Brunequilla
sustraerse á sus torpes ambiciones?
Acaso pudo suponer que el hado
arrancarla debía de la muerte?
La piedad de ese Dios que la ha salvado
también no puede proteger mi suerte?
Olvidará este abismo

al sondear con espanto tu impaciencia,
que el Dios justo que ampara la inocencia
es el Dios que secunda el patriotismo?

LEOVIG. No quiera el cielo que tu fé destruya!
Mas nunca olvides, hijo,
por ese empeño dominado fijo,
que el tribunal, Bermudo,
podrás juzgar de un rey, si ese es tu anhelo,
de horror sediento, de prudencia falto,
pero que allá en los ámbitos del cielo
á tí te juzga un tribunal más alto!
(Váse Leovigildo.)

ESCENA III.

BERMUDO, solo.

Cómo sus nobles consuelos
han endulzado la hiel
que brota este corazon
de sus duelos al través.
Más fuerte me siento, sí,
des que su voz escuché!
Solos no están mis dolores;
de los cielos la merced
al amenguar mi amargura
me da fortaleza y fé.
Si he perdido para siempre
á Brunequilda, á mi bien,
si esa libertad querida
por la que tanto luché,
utopia no más ha sido;
flores mústias de un vergel
que al elevarse gallardas
marchita traidor revés,
designios altos del cielo
son que atacar deberé.
Ella es más feliz que yo;
léjos de rudo vaiven
de este piélago mundano,
indómito en su altivez,
tan sólo sus ojos miran
llenos de sincera fé

al alcázar donde mora
inmutable verdad fiel.
Sólo sus labios pronuncian
sin egoista interés
frases dulces de consuelo,
palabras de excelso bien...
(Pausa.) Qué contraste entre esa vida
llena de casto placer,
y esta oscilacion continúa,
esta complicada red
de planes que se suceden
con la misma rapidez
que la suerte los destruye
avara del padecer!
Sólo es cierto el de los cielos
incontrastable poder
que á la infamia la arrancára
del soberano crüel!
(Pausa, despues de observar y oir rumores dentro.)
Se acercan los conjurados
deseosos de romper
las ominosas cadenas
de un feudo, que más bien es
yugo torpe de un esclavo
y de un tirano sosten.
En tanto que se reunen
de las sombras á merced,
por la suerte de Rodrigo
con afan inquiriré. (Váse.)

ESCENA V.

RAMIRO, LOPE, FERRAN, PUEBLO, que van entrando pocos instantes despues de irse Bermudo.

RAMIRO. Todos fieles á la cita
hemos sido. Ya lo veis,
del crepúsculo á la luz,
sin que puedan comprender
nuestros intentos los guardias,
nos reunimos...

- LOPE. No sabeis
dónde está Bermudo?
- RAMIRO. Acaso
frente á la puerta del rey
nos aguarde...
- FERRAN. De ella vengo,
pero en balde le busqué.
- LOPE. Mucho su ausencia me extraña!
Acaso la acerba hiel
que á la voz del patriotismo
corrió en sus venas ayer,
á la vista del peligro
que le aguardará tal vez,
amenguando sus impulsos
le obligue á retroceder?
- RAMIRO. Miente quien decirlo osare!
Muchos años, más de diez,
hacen, que sólo en su alma
la esperanza del placer
que hoy la fortuna le brinda
son el único sosten.
Cómo á la hora anhelada
en que realizable es,
suponer que la victoria
desdeñar pudiera infiel?
- FERRAN. Se dice que Brunequilda
milagrosamente fué
salvada de su ignominia
por imprevista merced.
- LOPE. Es la verdad; del convento
franqueó la puerta su pié,
encontrando en su refugio
sagrado asilo...
- FERRAN. Tal vez
ignorais que para el mundo
perdido estará su ser?
Brunequilda ya á estas horas
de Jesús la esposa es.
- LOPE. En vista de esta desgracia
tan impensada y crüel,
ante el dolor que le cause
a pérdida de su bien,

querrá Bermudo cumplir
su juramento de ayer?

RAMIRO. Os engañais, compañeros;
nublada por siempre ve
la estrella de su ilusion,
de sus dichas el laurel;
tan sólo un móvil le alienta
en su triste padecer.
El placer de la venganza;
y al embriagarse con él,
bebiendo cual dulce néctar
lo que amargo acíbar es,
nada detendrá el arrojo
de su acero...

LOPE. Dice bien.

RAMIRO. El exceso del dolor
dará al brazo robustez
en la venganza al dejar
reconcentrada su fé;
y hallando sólo este encanto
del porvenir al través,
arriesgaría la vida
por gozar de tal placer.

ESCENA V.

DICHOS, SANCHE.

FERRAN. Y Bermudo?

SANCHE. En breve llega.

Ambos venimos de ver
á Rodrigo que extenuado
por el hambre y por la sed,
en una prision oscura
mira en la muerte su bien.

LOPE. Víctima de su cariño
paterno ha sido.

RAMIRO. Sabeis
el triste fin que le espera?

SANCHE. Pena al saberlo encontré.
Ese tirano cobarde,
que oprobio del cetro es,

nada respeta; los fueros
de nuestro Dios de Israel,
para él son necios engaños...

Hizo á Rodrigo saber
que solamente el honor
de Brunequilda su sed
de venganza apagará...

Pretende, hollando su ley,
que el mismo padre la hija
á sus liviandades dé...

sólo á costa de tal precio
libre otra vez podrá ser!

RAMIRO. Oh! infamia. Abusa, tirano,
mas no te detengas, rey,
que ya al sol de tu existencia
reemplaza noche crüel,
Venganza, amigos!...

Todos. Venganza!

ESCENA VI.

DICHOS, BERMUDO.

BERM. Compañeros, ya sabeis
la desgracia de Rodrigo?

RAMIRO. Sí; inflamados por la sed
de la venganza, yo en nombre
del pueblo que aquí nos ve,
ó morir en la demanda
ó nuestros hierros romper
te juro, y todos lo juran
entusiasmados tambien!

Todos. Sí!

BERN. Consigamos, amigos,
arrancarle á la estrechez
de su lóbrega mazmorra!

SANCHO. Salvarlo mi intento es!

BERM. Que Dios premie vuestro celo
si luchais con ciega fé;
que el cielo os exija cuenta
si despues retrocedeis!

ESCENA VII.

DICHOS, el CAPITAN DE LA GUARDIA REAL, GUARDIAS.

Estos aparecen dentro del palacio, cuyas puertas se han abierto.

RAMIRO. Del real alcázar las puertas
acaban de abrir. Qué hacer?

LOPE. Entremos!

BERM. Dios mio, inspírame!

Vuelva yo á mi suelo fiel
la libertad que ha perdido
de la traición á merced,
única ilusion que abrigo,
de mi esperanza sosten,
ó tronche benigna muerte
vida que martirio es!

(Dirigese Ramiro al palacio.)

GUARDIA. Qué quereis?

RAMIRO. Ver á la reina.

GUARDIA. Es imposible!

BERM. Por qué?

GUARDIA. Atrás!

BERM. No está permitida
por disposicion del rey
la entrada?

RAMIRO. De fuerza ó grado
entraremos...

BERM. Cuándo fué
crimen que un súbdito quiera
á su excelsa reina ver?

GUARDIA. Retroceded!

AMAG. (Saliendo.) Deteneos!

BERM. Silencio! La reina es!

ESCENA VIII.

DICHOS, AMAGILDA, con un niño en sus brazos.

AMAG. Dejad franca la entrada á mis vasallos!...

CAPITAN. Su majestad sin duda no medita
que acaso ese tropel de descontentos
en grave riesgo colocó su vida!

AMAG. No le temais un punto; no le mueve
ni el afan de atentar contra mis días
ni sumision leal; extraño impulso,
curiosidad tal vez su paso guía.

CAPITAN. Obedezco, señora. Vuestra reina
la entrada os concedió...

TODOS. Viva Amagilda!

(Entran Bermudo, Lope, Ferran y Ramiro.)

LOPE. (Á Ferran y Ramiro.)

Comparad vuestros brazos tan robustos
á los del niño que feliz se agita
en su dorada cuna. Compañeros,
qué es al fin, en verdad, la monarquía?
Un débil niño! Vacilante arbusto
que el menor soplo de Aquilon marchita.

BERM. (Arrodillándose ante Amagilda.)

Al colocar ¡oh reina! á vuestras plantas
del artesano la plegaria sincera,
por vuestro restablecimiento deseado,
del niño que nos dísteis por la dicha,
con el respeto noble en la mirada
y llena el alma de esperanza pía,
en nombre de ese pueblo que nos oye,
á hablaros vengo de sus penas íntimas!
Pintaros quiero su fatal miseria;
vengo á pedir á vuestra ley justicia
de hinojos, Amagilda, á vuestras plantas,
en nombre de las cien y cien familias,
que á cada instante despojadas vénse
de sus únicas joyas, de sus hijas!
Vengo á deciros que la sangre corre
por nuestras calles á la furia inícu
de esos torpes soldados africanos,
que cuando el pueblo la piedad les grita,
como ignoran la lengua de Pelayo
nos inmolan con bárbara cuchilla!
El hierro, el fuego, los tormentos rudos
que descubrió excitada su perfidia,
impiden que hasta el trono llegar pueda

el eco ahogado de las pobres víctimas!

CAPITAN. (Tratando de separar á Bermudo de las balastradas.)

Cómo te atreves, soñador iluso,
del rey á reprobar las altas miras?

AMAG. Silencio, Capitan...

BERM. (Á los soldados, que se interponen.)

Paso, soldados,
á un vasallo que al pueblo simboliza!

AMAG. Dejadle continuar, que me interesa
de sus labios oir nuestra ignominia!

BERM. Escuchad hasta el fin, que de lo cierto
resueno el eco aquí, reina Amagilda,
una ocasion siquiera, ya que siempre
disfrazados por torpe hipocresía,
tan sólo pueblan vuestro régio alcázar
la infiel lisonja, la servil mentira!
Permitid que os exprese hasta su término
la mision que hasta vos mi acento guía,
y matadme despues si algo pronuncia
que la oculta verdad no justifica.

LOPE. Dejadle hablar sin treguas breve instate
y á todos inmoladnos en seguida,
si es que un punto aparece á vuestros ojos
como una falta del castigo digna,
el afan de verter con noble empeño
por lograr ese honor que el rey nos quita,
todo el aliento que atesora el alma,
toda la sangre que en las venas vibra!

BERM. Sí, reina; es nuestra sangre valerosa
que siento aquí latir, son nuestras vidas
las que viene á ofreceros vuestra gente;
es el derecho de enclavar altiva
la bandera inmortal de Covadonga,
del sarraceno en las robadas villas,
lo que el pueblo suplica á tu clemencia,
lo que España esperó de tu justicia.

AMAG. (Al Capitan y los soldados que no se separan de Bermudo.)

Alejaos sin miedo; no la cólera
del pueblo temo yo...

CAPITAN. Mas su porfía...

AMAG. Nunca un mal le inferí. Que hable ese hom-
al narrar de los suyos las desdichas, [bre-
yo como él tambien lágrimas vierto
del tributo al saber las agonías
que á mis súbditos causa. Cuál te nombras?

BERM. Bermudo, reina...

AMAG. Pues á tí y los tuyos
mi labio justo proteccion os brinda.

BERM. Oh! reina, quién habría de decirnos
que debiera fatal llegar un día
que contemplára del hispano noble,
que rechazára la invasion de Atila,
el español que en Covadonga vence,
el español que en Guadalete espira,
la deshonra más cruel...

LOPE. Alguien se acerca...

UU GUARD. El rey!...

AMAG. Silencio pronto. Nuevas cuitas
de su saña temed! (Ap.) (Dios de los cielos,
para salvarlos á mi mente inspira!)

ESCENA VII.

DICHOS, MAUREGATO, negligentemente apoyado sobe el
hombro de un jefe africano; Soldados áfricanos, Caballe-
ros, séquito, etc.

MAUREG. (Ap. contando á los de su pueblo.)
(Cuatro, cinco...) (Alto.) Mi pueblo caste-
(Con ironía.) [llano
siempre noble y leal Oh! qué motiva
tan súbita irrupcion? Vamos; comprendo!
la salud de la reina les obliga
á inquirir con afan; mucho me place.

(Durante toda la escena conservará Mauregato un
marcadísimo acento de ironía, siempre que se diri-
ja al pueblo, mezclado á veces de piedad cruel.)

LOPE. (Ap.) (El estupor á todos les domina.
Yo tan solo á la vista del tirano
conservo mi tranquila sangre fria...
demasiado viví, para temerle
á esa muerte que á tantos intimida!)

- BERM. (Resueltamente.)
Rey, á pintar á nuestra amada reina
nuestros hondos dolores, nuestras cuitas,
venimos todos hoy...
- MAUREG. Bien, hijos míos!...
(Sonriendo ferozmente.)
Hijos sois, pues que sois de mi familia!
La reina os escuchó? Yo ratifico
cuanto su alma os prometió benigna.
La reina es muy piadosa, y yo me empeño
en imitar su mansedumbre mística!
no más lágrimas!... (Á Amagilda.)
- AMAG. Gracia, Mauregato;
conmuévate el dolor que me esclaviza!
no es culpable ninguno!
- MAUREG. Y quién os dice
que atentar me atreviera yo á las vidas
de esos cónsules nobles de mi pueblo?
tienen, segun mi práctica adivina,
súplicas justas que invocar humildes,
sábios consejos que á mi cetro auxilian!
- LOPE. (Ap.) Perdidos están ya. No hay esperanza.
- MAUREG. Bendito sea el Señor, que aquí me envía
consejeros tan buenos y versados
en los asuntos de mis leyes mismas!
Por ellos no temais. Venid conmigo,
señora, y explicad á mi impericia
lo que anhela mi pueblo. Miéntas tanto,
fieles amigos, dignos de mi estima,
que me ayudais con vuestras sábias máximas
á soportar del trono las fatigas,
esperad un instante, que muy en breve,
mi honor de soberano aquí os lo fía,
sabeis mi decision...
- LOPE. (Ap.) (Pobre Bermudo!)
- BERM. (Id. á tos suyos.)
Amigos, no temais, que Dios nos mira!
- MAUREG. (Al salir.) Capitan, entre tanto determino
(Sonriendo.) haced á mis amigos compañía.
- AMAG. Protégelos, Dios alto! que no siempre
el triste lauro del martirio ciñan!
(Vánse Amagilda y Mauregato seguidos de los

cortezanos y jefes africanos.}

ESCENA X.

BERMUDO, LOPE, FERRAN, RAMIRO, SANCHE, PUEBLO, el
CAPITAN, SOLDADOS. Salen todos fuera del palacio con
excepcion del Capitan y los guardias.

- LOPE. Perdida está nuestra causa!
Vamos, Bermudo; evitemos
su cólera...
- BERM. Tú te engañas,
Lope: no hace unos momentos
que nos brindó proteccion?
- LOPE. Inocente! El duelo acerbo
que te consume, á tal punto
de tu juicio roba el peso?
La ambicion de libertar
á tu país de los hierros
que le oprimen, te trastorna
hasta este fatal extremo?
- BERM. Lope, su voz me juró,
en nombre del cetro régic,
aminorar nuestras cuitas.
escuchándonos benévolo.
Su noble resolucion
en saber no tardaremos...
- LOPE. Bermudo, estás ofuscado;
tras ese engañoso afecto
de fingida mansedumbre,
de interés hácia su pueblo,
no trasluces su ironía,
no apercibes su contento?
Oculto por la apariencia
que seduce al más esperto,
tras la tímida gacela
que lanza débil lamento,
del iracundo leon
no oyes los rugidos fieros?
Como el bruto de los bosques
esperando está el momento
de devorar á su víctima

engañada y sin recelo.

RAMIRO. Es cierto, Bermudo; pésame
aumentar con duelos nuevos
los muchos que ya te abruman;
pero sin pausa acallemos
la más ligera esperanza...

BERM. Hice un sacro juramento,
amigos, bajo la sombra
del lábaro de los nuestros!
Vencer ó morir juré
con el más sincero acento.
Ya que por nuestra desgracia
del destino á los decretos
nos fué imposible vencer,
sepamos morir al ménos!
Aceptar nueva deshonra;
dar á nuestros herederos
entre la innoble ignominia
de la maldicion de un pueblo,
nuestros timbres humillados
y perdidos nuestros fueros:
ó para ocultar la pena
de tan atroz vilipendio
como en otro Guadalete
buscar un sepulcro abierto;
hé aquí nuestro actual dilema,
decidíos, compañeros:
vivir ó morir matando,
morir ó vivir muriendo!

FERRAN. De tu pena al paroxismo
ponga la esperanza freno;
por qué juzgar ya perdido
todo nuestro santo empeño?
Qué mal hicimos al rey?
Contravenimos sus fueros
al pedirle que sea él mismo
el que falle nuestro pleito?
Y aun suponiendo que aleve,
por saciar su ardor funesto
de crueldad, desatendiera
nuestros inspirados ecos,
apoyando nuestra causa

no está acaso el Dios del cielo?
LOPE. Silencio todos. Amigos,
no perdamos el derecho
que hasta ahora nos asiste,
rebelándonos. Silencio...
bajo esta vana apariencia
de libertad, os prevengo,
mal que me cuadre el decíroslo,
que estais todos prisioneros.
Ignorais que el Capitan,
que acompañarnos fingiendo
nos observa atento, no es
más que nuestro carcelero?
RAMIRO. (Observando.)
Lope, mira...
LOPE. Á realizar
se van mis presentimientos.

ESCENA XI.

DICHOS, el JEFE AFRICANO, con un pliego.

JEFE. (Leyendo.) «Por la gracia del Señor, Maure-
»gato, rey de España, despues de haber es-
»cuchado, por la mediacion de su amada
»cónyuge, la Reina, las peticiones que el pue-
»blo le dirige, viene en no admitirlas, por
»no ser de su real agrado, ordenando al
»mismo tiempo la inmediata dispersion de
»la muchedumbre.—Dado en Palacio, etc.»
(Váse el Jefe.)

ESCENA XII.

DICHOS, ménos el JEFE AFRICANO.

CAPITAN. Libres todos estais ya
por la clemencia del rey;
sólo el que falte á su ley
mal con su cabeza está!
BERM. Pueblo hispano, ¿has escuchado?
Á ese infame disoluto

imponernos un tributo
bochornoso no ha bastado.
Aún no se halló satisfecho,
y con terrible maldad
nos roba la libertad
y oprime nuestro derecho!
Nuestros mejores guerreros
al suplicio ha condenado;
ni siquiera ha respetado
los más inviolables fueros!
Fueros que, imponiendo freno
del déspota á la ansiedad,
respetó hasta la crueldad
del bárbaro sarraceno!
Pueblo, con tu pecho abarca
si aún conserva algun valor,
cuánto nos cuesta el traidor
capricho vil de un monarca!
Con la prudente paciencia,
hija de la cobardía,
cumplireis á sangre fria
esa bárbara sentencia?
¡Pueblo, no es tanto el rigor
que nos roba la victoria!
Aún nos sostiene otra gloria;
la de morir con honor!

PUEBLO. Sí, sí.

(Precipitándose todos sobre los Soldados, y comenzando con ellos una terrible lucha.)

RAMIRO. Á morir ó vencer!

(Tomando parte tambien en la pelea.)

CAPITAN. Salid todos al instante!

(Llénase la escena de Soldados africanos, que dominan en breve á los del pueblo, muchos de los cuales huyen.)

BERM. (Que lucha con el Capitan, con terrible desesperacion.)

Nuestra gente no es bastante
para resistencia hacer!

RAMIRO. Oh! suerte siempre contraria!

LOPE. Aún la ocasion no ha llegado!...

BERM. (Arrojando su espada y situándose en el centro de

la escena.)

Pueblo, devora callado
esta injusticia arbitraria!

(Mauregato se asoma á la balaustrada.)

(Viéndole.) Y tú, de los soberanos
baldon eterno, en tu anhelo
ignoras que el Dios del cielo
es el juez de los tiranos?

Mata, vil, sin compasion!...

Aprovecha estos instantes,
que acaso no están distantes
las horas de tu expiacion!

(Bermudo defendiéndose consigue retirarse; la
lucha no ha cesado Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sala en el interior del convento de los monjes de Tineo, junto á Oviedo.—Empieza á oscurecer. Puertas al fondo y laterales; balcon á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

EL PADRE PRIOR, encendiendo una lámpara que coloca á los piés de una Virgen colocada en último término á la izquierda.

En medio de este recinto
que nunca turbó una voz
profana; vírgen al eco
de la mundana ambicion,
de la venganza á los odios
y al delirio del amor,
es dó á aquilatarse llega
la prepotencia de Dios!
Aquí el alma despojada
de la engañosa ilusion,
su excelso origen comprende...
Oropel deslumbrador,
deleznables esperanzas,
grandezas vanas, honor,
aspiraciones livianas,
rivalidades... ¿qué sois?

Qué es este mundo? Qué es
esta vida? Una expiacion!
tránsito fugaz tan sólo;
instante no más veloz
de otra vida eterna y cierta
que el hombre no vislumbró!

· ESCENA II.

EL PADRE PRIOR, RAMIRO en traje de guerra y armado.

RAMIRO. Y Berinudo? (Desde la puerta.)

PRIOR. Está en su celda
siempre orando.

RAMIRO. Padre Prior,
por Dios que entender no logro
tan súbita decision,
y de fijo la dudára
si no lo afirmáseis vos!
Bermudo, que de los nuestros
fué la esperanza mayor,
para arrancar esos hierros
que de España mengua son;
Bermudo, tan conocido
por su indomable valor,
el héroe de nuestro pueblo,
de Astúrias el campeón,
en un convento, trocando,
con resolucion atroz,
el arnés por el silicio,
por el breviario el lanzon!

PRIOR. Hijo mio, hondos pesares
con despiadado rigor
su vista elevan al cielo
y entregan su pecho á Dios!

RAMIRO. Desde aquella cruel jornada
en que un decreto traidor
del monarca arrebatava
los fueros al español,
á ese español tan sufrido,
tan digno de un rey mejor,
no le volvimos á ver...

- PRIOR. Francas las puertas halló
del convento de Tineo;
y en su asilo protector,
bebiendo ese dulce bálsamo
llamado resignacion,
de los bullicios del mundo
para siempre se apartó.
- RAMIRO. Padre!
- PRIOR. Qué causa tu asombro?...
- RAMIRO. Qué rapida transicion!
Bermudo, el mejor guerrero!
Si no lo dijéseis vos...
- PRIOR. Ignoras, Ramiro, entónces
su actual determinacion?
- RAMIRO. Sí, padre, todo lo ignoro.
Desde aquel instante atroz
dispersados nos hallamos
del bosque en el espesor,
prefiriendo vida libre
á cobarde sumision!
- PRIOR. Hijo mio, no profane
este convento tu voz...
- RAMIRO. Padre, decid, que impaciente
la nueva aguardando estoy...
- PRIOR. Bermudo, como tú sabes,
á Brunequilla perdió;
sólo un decreto del rey
lográra su salvacion;
pues aunque vive, del mundo
al acento halagador
muerto quedará su pecho.
Bermudo, de su pasion
viendo el objeto perdido,
contemplándose inferior
en poder del soberano
que fué elegido de Dios!...
- RAMIRO. (Sin poderse contener.)
Erigióse por sí mismo!
- PRIOR. (Continuando.) Retirarse decidió
de esta mundana vorágine
por celeste inspiracion.
Mañana, si Dios lo quiere,

diácono va á hacerse...

RAMIRO. Oh!

Padre, y vos le aconsejásteis?...

PRIOR. Le aconsejó su razon;
tal vez mi ejemplo influyera,
pero no le induje, no;
voluntades espontáneas
quiere el cielo, sin presion...

RAMIRO. (Conmovido.)
Qué pérdida para España,
que en su lealtad descansó!
Padre, aunque mucho me cueste,
comprendo, aplaudo su accion,
que para heridas del alma
esta es la cura mejor.

PRIOR. Y Rodrigo?

RAMIRO. Aún Mauregato
su suerte no decidió.
En la cárcel continúa
sin aire, sin pan, sin sol!
Padre, pudiera á Bermudo
dar el último apretón
de manos, ya que el destino
por siempre nos separó?
PRIOR. Sí, hijo mio. Á complacer
voy tu justa peticion. (Váse.)

ESCENA III.

RAMIRO, solo.

Le ocultaré nuestros planes
hasta otro instante mejor,
cuando sepa si es sincera
su extraña resolucion.
No por eso dejaré,
si por dicha el Padre Prior
con él me dejára á solas,
de hablar á su corazon.
Tal vez al saber Bermudo
que su patria atravesó
por ese crítico trance

que acontecer debe hoy,
se resuelva á secundarnos,
al pueblo que desmayó
noble confiando virtiendo
si le hacemos campeon.
Que en aras del patrimonio
sacrifique ¡vive Dios!
esa estéril existencia
que al cielo ofrecer pensó.
Se acerca ya y viene solo...
Oh! qué propicia ocasion!
(Sale Bermudo por la derecha.)

ESCENA IV.

RAMIRO, BERMUDO.

BERM. Ramiro, tú aquí! Qué quieres,
qué anhelas, dime...

RAMIRO. Bermudo,
abrázame; que este abrazo,
que ha de ser quizás el último,
nos junte por un instante!

BERM. No así, Ramiro, lo juzgo...

RAMIRO. Cómo por fin te libraste
del desenfreno iracundo
del tirano? Dilo todo,
que ansioso tu voz escucho.

BERM. Perseguidos, no lo ignoras,
por aquel decreto injusto
que á morir nos condenaba,
yo en la mitad del tumulto,
comprendiendo que el tirano
me consideraba el único
motor de la rebelion,
sin apercibirse, iluso,
que era tan sólo un intérprete
del descontento profundo
de todo el pueblo, á favor
de los celajes nocturnos
escapar por mi fortuna
pude á un suplicio seguro.

Aquí encaminé mis pasos,
y tras su sagrado escudo,
con la salvacion del cuerpo
del alma encontré el refugio.

RAMIRO. Tu imprevista decision
me dijo el Prior há un punto,
y á fe que de la sorpresa
aún rehacerme nada pudo.
No la aplaudo, no es posible,
que al elogiarla, Bermudo,
no compartiera traidor
el inquebrantable luto
que á todos afligirá
cuando llegnen á estos muros.
Sumiso el móvil acepto
que á tal extremo te indujo,
aunque el pecho se me parte
cuando miro en lo futuro.

BERM. Ramiro, tú no lo ignoras,
mis sufrimientos son muchos
para un solo corazon!
Ya que no puedo al sepulcro
bajar, descansando al fin
de éste mi calvario rudo
en este apartado asilo,
ajeno á la hiel del mundo,
tranquilo espero esa muerte
que es de mis penas verdugo.
Nadie nos ve?...

RAMIRO. (Despues de observar.) Nadie...

BERM. (Muy conmovido.) Entónces,
fiel amigo, este profundo
pesar que me despedaza,
condensado en llanto puro,
sobre tu seno querido
déjame que vierta un punto;
que estas lágrimas que brotan
de mis pobres ojos, mústios
ya de llorar, sean mi adios
á las zozobras del mundo,
que hacerme logró infeliz,
que víctima hacerme supo!

Creí que un amor bendito
que iluminaba el oscuro
sendero de mi esperanza,
de mis dichas era el nuncio;
Y poco á poco la suerte,
sin apreciar mi infortunio,
se encargó de descorrer
la venda que llevé iluso!
Para siempre á Brunequilda
perdí, por decreto sumo
de Dios; no tengo ilusiones,
con utopías no atenúo
la aflicción que me devora,
al porvenir que vislumbro!
Esa tenaz ambición
de arrancar un día el yugo
de nuestros pobres hermanos,
noble empeño que antepuso
mi pecho á su dicha propia,
ya perdida conceptúo;
en dónde, si no la dicha,
la calma hallar que yo busco?
Este sacro asilo dió
á mi amor propicio escudo,
tornándole una existencia
que ella acabada supuso,
ante la agresión de un rey,
Ramiro, en todo absoluto.
Este convento á mí mismo
me dió piadoso refugio;
pago una deuda que debo,
y obro al pagarla cual justo,
consagrándole esta vida
que no dista del sepulcro.
Aquí mis aspiraciones
de hoy más cifraré y mis gustos,
porque Ramiro, en el cielo
están mis consuelos únicos!

RAMIRO. Bermudo, será posible?

No lo creo, aunque lo escucho!
trasformado encuentro en diácono,
voto á briós! de su infortunio

al peso, el que en Covadonga
fué admiracion de los suyos!
Al que en Astorga lidió,
al que con Pelayo obtuvo
con el laurel de la gloria
los mirtos del noble triunfo!
Tú, el terror del enemigo;
tú, esperanza de los tuyos!
por mi fé que lo escuché,
y ¡vive Dios! que aún lo dudo!
Deja ya el sagrado hábito
y vuelve al combate rudo;
trueca por pesada lanza
el blanco silicio púdico!
Sarcasmo es, sí, que un guerrero
del egoismo á los frutos,
en un lóbrego convento
repose sus años últimos!
Lidia ya por esa patria
que con ayes moribundos
llama á sus valientes hijos
desde un apartado túmulo!
Cuando abundan los reveses,
cuando es difícil el triunfo
más precio tiene la gloria,
más brilla su lauro fúlgido!
Entónces son inmortales
los guerreros iracundos,
que acallan para salvarlos
hasta el motivo más justo!
Oh! Ramiro; por piedad;
no hagas que así irresoluto
vacile en la decision
que tomé...

BERM.

RAIMIRO.

Calla, Bermudo!

BERM.

La grata tranquilidad
que en este alcázar disfruto,
no tus bélicos acentos
truequen por odios!...

RAMIRO.

Qué escucho!

Entónces tu patriotismo
que ha sido falso presumo;

aquel patrio ardor que un día
inflamar los pechos supo.

BERM. Apartado estoy, Ramiro,
de los vaivenes del mundo!

RAMIRO. Pero sé franco; confiesa,
que yo tu voz no descubro;
al oír de una batalla
el fuerte estruendo confuso;
de la espada al escuchar
los dobles choques sañudos;
al ruido de los clarines
que turba á veces de súbito
el relincho del corcel,
ávido de un noble impulso,
no se avergüenza tu pecho
de esta inercia, de este oscuro
vegetar, que en otro fuera
cobardía; cómo un punto
puede levantar la frente,
sumido en este sepulcro
aquel que nos incitó
con los ardimientos suyos?

BERM. Ramiro, calla por Dios,
no así profanes, impuro,
con tu anhelo este sagrado
convento...

RAMIRO. Calla, Bermudo!
cuando nos habla la patria
se infiere al cielo un insulto,
citándole cual pretexto
que detiene el brazo rudo!

BERM. Ramiro, si otro que tú
dijera tal!...

RAMIRO. Por Dios sumo,
que así te quiero; valiente
como en otro tiempo!...

BERM. Cumpla
con Dios al darle mi vida.

RAMIRO. Dásela, no en infecundo
convento, si no en la lid!...

BERM. Ramiro, en vano fluctúo...

RAMIRO. Medita bien lo que vayas

á hacer; de Jesús el culto
puedes llenar sin que sea
forzoso lo que trasluzco.
Antes de ese sacrificio,
que yo de inútil reputo,
acuérdate que tu patria
te está llamando, Bermudo!
Inmólate por España;
que si no logras tu único
objeto, al ménos tu ejemplo
podrá labrar de seguro,
imitadores acaso
con más fortuna.

BERM. La escucho...
RAMIRO. Á Oviedo voy; me han llamado,
por eso hablarte procuro;
dentro de contadas horas,
si el cielo así lo dispuso,
podré tornar á saber
tu decision...

BERM. Cuánto lucho!
RAMIRO. En lugar de este vivir,
largo, sí, más no fecundo;
vida que te acusará
quizá como yo te acuso,
prefiere en vez de esa tumba,
de estéril vejez el fruto,
del patricio que se inmola
el refulgente sepulcro,
la diadema del martirio,
la aureola del infortunio!
(Váse Rámiro por el fondo.)

ESCENA V.

BERMUDO solo.

Dice bien; qué decidir?
el convento protector
me da la calma; el honor
me decreta combatir!
aquí detiene mi paso

esta religiosa llama;
allí la patria reclama
los esfuerzos de mi brazo!
y mientras que en mi alma latén
deberes tan encontrados,
mis compañeros osados
con noble aliento combaten!
Yo, que de mi empeño en pos
á pelear los excitaba,
yo, que confianza les daba
con mi ejemplo y con mí voz!
En balde mi arrojo coarta,
quizá engañado mi anhelo!...
Yo creo que el mismo cielo
me está ordenando que parta!
Cómo! Ante el ruin egoismo
de no seguir padeciendo,
podré impávido estar viendo
las víctimas de ese abismo?
Y he de verlos, por mi nombre,
sin acorrerlos veloz?
de la patria ante la voz
se calla la voz del hombre!
calme ya mi corazón
sus temores indecibles...
¿son acaso incompatibles
patriotismo y religion?
no recuerdas el día rudo
en que la bandera alzaste?
ya las frases olvidaste
de tus promesas, Bermudo?
«Pueblo, juro al combatir,
muerto ó vencedor volver!...»
si no he sabido vencer
no puedo saber morir?
(Arroja el traje de religioso y se coloca las mallas
que estarán colgadas en la izquierda.)

ESCENA VI.

BERMUDO, el PADRE PRIOR.

- PRIOR. Ya por tu presencia clama
el pontífice de Oviedo...
- BERM. (Tras una corta lucha consigo mismo.)
No puedo, padre, no puedo!...
la patria á lidiar me llama.
- PRIOR. Domina el rebelde instinto;
qué vas á hacer iracundo?
aléjate de ese mundo
que no turba este recinto,
y en Dios fijese tu anhelo...
- BERM. Seguiros no puedo en pos...
- PRIOR. Por qué! (Asombrado.)
- BERM. Porque el mismo Dios
me manda salvar mi suelo!
- PRIOR. Hijo, cese tu porfía...
- BERM. (Interrumpiéndole.)
No, padre, no es asturiano
el hombre que escucha en vano
de su patria la agonía!
(Óyese ruido fuera de gritos y clarines.)
- PRIOR. (Asomándose á la ventana.)
Qué estruendo se escucha!...
- BERM. (Observando tambien.) Cielo!
Ramiro y Ferrando son!...
Abrid al punto el porton;
id, padre.
- PRIOR. Voy, mas recelo...
(Váse por el fondo.)
- BERM. Desechad sin pausa el miedo...

ESCENA VII.

BERMUDO, solo.

Con justa razon me admiro;
en Tineo está Ramiro
que yo juzgaba en Oviedo!

ESCENA VIII.

BERMUDO, RAMIRO.

RAMIRO. (Entrando.) Preciosas las horas son...

BERM. Qué duelo nos hiere rudo?

RAMIRO. Tu patria espera, Bermudo,
cuál es tu resolución?

(Observándole con gran regocijo.)

Vive Dios, que al fin mirarte
me deja esta celda oscura...

Te estoy viendo la armadura
y aún me atrevo á preguntarte!

El asombro traslucir
miro al través de tus ansias;
imperiosas circunstancias
me han impedido partir.

BERM. Ramiro, estoy decidido.

RAMIRO. De júbilo al fin desbordo!

BERM. El que á su patria está sordo
ni es hombre ni es bien nacido!

Sóbranme arrojo y valor;
de Dios me ampara la fé...
si no venzo moriré,
pero cubierto de honor!

RAMIRO. Olvido mi antiguo agravio
al oír tu noble voz;
convencido estás que Dios
su inspiracion dió á mi labio?
Una vez que quieres ser
de los nuestros, sin tardanza,
tu moribunda esperanza
voy sin tregua á renacer.
Quiero que sepas la hazaña
de esos hermanos que injurias;
ya no es monarca de Astúrias
Mauregato, ni de España!

BERM. Explica al punto...

RAMIRO. El tirano,
de su poder al abrigo,
quiso matar á Rodrigo.

BERM. Cielos!

RAMIRO. Tu temor es vano.
Libre se encuentra...

BERM. Oh! bondad
suprema!...

RAMIRO. Pues sus hermanos,
ardiendo en odios insanos
por tan horrible crueldad,
rasgando la torpe ley
que condenaba al pechero,
presas de vértigo fiero
fueron donde estaba el rey.
Lanzas, puñales, espadas
por todas partes surgieron;
por do quiera aparecieron
patrullas improvisadas.
En vano escasa milicia
quiso oponerse imprevista...
Qué cosa habrá que resista
á la voz de la justicia?
Allanado el real salon
triunfó del pueblo la grey;
ya Mauregato no es rey
de Astúrias ni de Leon.

BERM. Me asombra el relato, amigo!...

RAMIRO. Al montar el alazan
me dió la nueva Ferran
que fué del hecho testigo.
Tu presencia el justo encono
calme de los asturianos...

BERM. Y los guardias africanos
que fueron sosten del trono?

RAMIRO. El Califa adivinando
por ocultos emisarios
los planes extraordinarios
que estábamos concertando,
sin duda para evitar
mil pérdidas infructuosas,
en las sombras tenebrosas
los hizo ayer retirar.
Por eso logró vencer
el pueblo justo y sensato,

el jefe de Mauregato
prefirió retroceder....

BERM. Si tuvo el alma cristiana,
siendo del pueblo el hermano,
podía un buen asturiano
derramar sangre asturiana?
Y el rey?

RAMIRO. Nada de él sabemos;
por el pueblo perseguido
en ese bosque escondido
que debe estar suponemos.
Pero pronto, por Luzbel,
como le echemos los brazos
le hemos de hacer más pedazos
que víctimas hizo él.

BERM. Pensad que está desvalido...
Compasion...

RAMIRO. (Sorprendido.) Extraña ley!

BERM. Recuerda que en vez de un rey
matais á un pobre vencido!

RAMIRO. El tiempo corre; dos potros
á la salida dejé...
Para que cobren la fé
ven á Oviedo con nosotros;
y en tanto que cual cristiano
te despides del convento,
un instante en seguimiento
voy del déspota tirano!

ESCENA IX.

MAUREGATO, solo, entrando cautelosamente algunos instantes
después de salir Bermudo y Ramiro.

Oh! vergüenza indecible! Y aún no he muer-
al peso del dolor que en mi alma late? [to
Perdido el solio de los godos reyes
que mi astucia sutil supo labrarse!
Perdida para siempre mi real púrpura,
mi cetro régio, mi diadema frágil!
Mundana vanidad, ambicion torpe,
por qué á mis ojos la verdad nublásteis?

Por qué el orgullo dominó mi alma?
En vano me arrepiento! Ya es muy tarde!
Oh! esperanza feliz, hoy tan lejana,
por qué un punto, traidora, no renaces?
Si de nuevo pisára de ese trono
con astucia otra vez las gradas reales,
pueblo vil, pueblo torpe, á quien desprecio,
qué escarmiento te espera, miserable!
He de hacer, vive Dios, tales acciones,
imbéciles que sois, tales crueldades,
que los futuros siglos con espanto
de mi reinado la memoria guarden! (Pausa.)
Castigo fué del cielo; mi desgracia
será acaso venganza inquebrantable
de ese Dios que negué, del que hice escar-
He sido muy mal rey, he sido infame! [nio?
En vez de proteger á mis vasallos,
en lugar de encumbrar sus libertades,
al sarraceno vil dí mis provincias
y al verdugo los héroes populares!
Oh! qué grito fatal, ah! qué tortura
mi corazon con impiedad deshace;
jamás sentir creí dentro del alma
este infiel torcedor que me hizo mártir!
¡Mauregato el crüel, el rey temido,
convertido en próscripto pusilánime!
Corriendo por los campos sin amparo,
apostrofado de infeliz cobarde!
(Observando.)
Bermudo, no es aquel? Sí, sí, es Bermudo!
Y se acerca hácia mí! Vendrá á matarme!
Cuando rey, yo maté sus ilusiones,
le perseguí sin treguas incansable...
Estoy en su poder... Aparta un punto,
vision maldita que temblar me haces!

ESCENA X.

MAUREGATO, BERMUDO.

BERM. Mauregato, opresor de las Astúrias,

cumplidas de mis labios vé las frases;
el cielo que premiar sabe al rey justo,
castigar al tirano tambien sabe!

MAUREG. Oh! terrible expiacion! Mi propia victima
la muerte me va á dar... Bermudo, mátame!
Mira mi pecho aquí; sobre él enclava
el filo de tus múltiples puñales!
Pero ahórrame ya, si es que en tu alma
por un momento la nobleza cabe,
el vil denuesto, la ominiosa injuria,
endulzando mis últimos instantes!

BERM. Te equivoca el temor. Calle esa lengua,
que escarnio habrá de ser de las edades,
y al comprender mi corazon hidalgo,
junto al tuyo ni un punto lo compares!
Te equivocas, traidor; no de tu muerte
el ánsia cruel hasta do estás me trae.

MAUREG. Qué otro móvil me anuncia tu presencia?

BERM. Me conoces muy mal. Vengo á salvarte!
El que es valiente de la lid en medio,
al vencido piedad conceder sabe!
Mira, rey, los decretos del destino
y aplaude de ese Dios las voluntades;
mira al fin las mundanas ilusiones
cuán engañosas son y cuán mudables!
Tú en tu trono de espléndida grandeza
con injusto furor me condenaste;
yo que ahora te tengo entre mis manos,
yo que pudiera con razon matarte,
al vengrr con las quejas de mi pueblo
mis infinitas quejas personales,
despreciando el encono que encendiste
en medio de mi ser, vengo á salvarte!

MAUREG. Oh! cielos, qué escuché!...

BERM. Cese tu asombro!...

MAUREG. Mil muertes por piedad, mil muertes dame,
ántes de ser tú causa de que viva;
tú la víctima, sí, de mis crueldades!

BERM. Ese orgullo refrena, Mauregato;
no dominen tu afan anhelos tales;
acalla esa altivez que te ha perdido,
verdugo de tí mismo indominable.

que labrará también tu propia muerte
si por tu mal no logras alejarle!
Delante de la tumba desaparezcan,
Mauregato, tan necias vanidades!

PUEBLO. (Gritos fuera.)

Muera el rey, muera el rey...

BERM.

Oyes sus voces?

Aprovecha sin tregua estos instantes!
Ya saben dónde estás... Huye, se acercan!
(Mirando por el balcón.)

Á una muerte sustráete irremediable.

(Abriéndole la puerta de la derecha.)

MAUREG. (Vacilando un instante.)

No, déjame morir, ya que no supe
de mi pueblo granjear las voluntades,
ya que no supe de mi real cabeza
la corona salvar...

BERM. (Mucha rapidez hasta el final de la escena.)

Huye, no tardes!...

MAUREG. Ya que no pude defender mi trono,
deja que al ménos mi sepulcro labre!

BERM. Cercaron las salidas; no es posible
que de sus furias puedas escaparte!
Escóndete, por Dios, tras esa puerta,
en tanto su intencion mi acento aplace.

PUEBLO. (Fuera, más cerca.)

Muera el rey!

BERM. Sin tardar... pero no escuchas?

MAUREG. Cómo parece un rey quiero mostrarles!

BERM. Ese orgullo fatal es quien te pierde!
Esa ambicion tenaz te torna mártir!

MAUREG. Quebrantar no podrás mi pensamiento.

BERM. Inútil sacrificio. Ya olvidaste
que al cielo que te dió, rey, esa vida
cuenta estrecha de ella habrás de darle?

MAUREG. Tú mi enemigo, tú que por mi causa
uno á uno perdiste tus afanes,
me incitas á vivir, me buscas medio
para escapar... y dejas de vengarte?

BERM. Huye, rey, sin tardar.

MAUREG. Estéril ánsia!...

BERM. Ignoras que sediento de tu sangre

ese pueblo estará?

MAUREG.

Si sangre buscan
para apagar su sed, aquí hay bastante!
Tú me puedes matar y no me matas?

BERM. Ya llegan en tropel, ya llegan, sálvate...

MAUREG. Dudé de la virtud, dudé del cielo,
y arrepentirme logro cuando es tarde!

(Escóndese Mauregato, casi obligado por Bermudo, tras la puerta de la derecha, que este último cierra, colocándose delante de ella.)

ESCENA XI.

RAMIRO, BERMUDO, LOPE, FERRAN, SANCHE, PUEBLO,
con teas encendidas.

RAMIRO. Bermudo, de su escarmiento
escaparse quiere en vano;
aquí se esconde el tirano;
registremos el convento!

(Divídense en distintas direcciones muchos de los
del pueblo.)

BERM. (Deteniéndole.) Piedad! Tenedle piedad!

RAMIRO. Te atreves! Voto á Luzbel!...

BERM. (Al pueblo.) Sed, sí, más grandes que él!
No le igualeis en crueldad!

Bastante pena ha sufrido
con perder á su nacion...
Pueblo español, compasion
para un monarca vencido!

RAMIRO. Y te atreves á pedir
compasion para ese ser,
que no ha sabido tener
ni aun el valor de morir?
Calla; no encuentre guarida;
ninguna razon le abona!
Dejó perder su corona
(Con desprecio.)
y aun osa guardar la vida!

ESCENA XII.

DICHOS, MAUREGATO, abriendo la puerta y presentándose.

MAUREG. Dices bien; debo quitármela
mi cetro al ver en pedazos;
mas bastan mis propios brazos,
infames, para arrancármela!

BERM. (Ap.) (Infeliz! Orgullo necio
que te impele á tal extremo!)

MAUREG. (Con soberana altivez.)
Pueblo torpe, no te temo!...

RAMIRO. Oid!

MAUREG. Porque te desprecio!
No temo á los rudos rayos
de tan despótica grey...
Mirad cómo muere un rey
delante de sus vasallos!
Que la historia de mi suerte
diga, si mi accion no olvida:
«Si no fué grande en su vida,
supo ser grande en su muerte!»
(Saca con rapidez un puñal y se hiere)

BERM. (Corriendo hácia él.)
Infeliz! Ya sucumbió!
(Con voz terrible.)
De rodillas, asturianos!

RAMIRO. Fué el mayor de los tiranos...

BERM. No es tirano el que murió!
Ese cadáver inerte
aplaque, pueblo, tu encono!
Qué cosa es el frágil trono
ante el trono de la muerte?

RAMIRO. Cumplir sabremos tu ley
olvidando sus injurias.
(Al Pueblo.) Pueblo español, las Astúrias
están desde ayer sin rey!
Para ir al combate rudo,
por nuestra patria á lidiar,
quién nos podrá acaudillar?
á quién nombrais?

Todos. Á Bermudo!

BERM. ¡Hermanos, á mí! (Muy sorprendido.)

LOPE. Sí tal.

Todos por rey te aclamamos
y en tu frente colocamos
la egregia corona real.

(Dos pajecillos se la presentan de rodillas á Bermudo en una rica bandeja.)

BERM. (Rechazándola cortesmente.)

¡Á un pobre monje apartado
ya del piélagó mundano!

¡Á un sacerdote cristiano
tan sólo á Dios dedicado?

La patria con ansiedad
me llamó, calmé su cuita;
hoy ya no me necesita...
que á Dios me entregue dejad!..

LOPE. Esa patria que tú invocas,
hoy para rey te ha elegido;
su empeño te han trasmitido
esos millares de bocas.

Acepta este galardón (Ofreciéndole la corona.)
merecido por tu afán;
reñidos acaso están
el cetro y la religion?

BERM. Oh! la emoción que me embarga
del labio el ánsia intercepta...

RAMIRO. En nombre del pueblo acepta,
Bermudo, esta ruda carga.
(Bermudo toma la corona.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, RODRIGO, BRUNEQUILDA.

BRUNEQ. ¡Bermudo!

FERRAN. Es ya nuestro rey.
sobre este pavés le alzamos
y por nuestro honor juramos
acatar siempre su ley!
Nuestro porvenir sañudo
benigna suerte deshace!...
allí Maur gato yace;

aquí se eleva Bermudo!

BERM. Brunequilda! (Bajando del pavés.)

BRUNQ. El Padre Prior
anulando el juramento,
por tu fausto advenimiento
me da de nuevo tu amor!

BERM. ¡Ah, sí! fine la desdicha
que hizo mártir nuestro anhelo,
conmigo sufriste el duelo,
parte conmigo la dicha.
Pueblo! me nombras tu rey?
yo acepto tu noble fé,
y desde hoy trataré
de hacer cumplir vuestra ley.
El moro en sarcasmo mudo
ultraja nuestro decoro,
hasta acabar con el moro
luchemos!

TODOS. Viva Bermudo!

BERM. No olvidaré vuestros fueros,
la libertad os daré,
el tributo anularé,
premiaré vuestros guerreros,
¡jamás con mi régio sello
al crimen protegeré...
Pueblo! ¡Nunca olvidaré
que yo tambien soy plebeyo!
Y será el premio mayor
que alcance en la vida mia,
si con vuestra simpatía
obtengo al fin vuestro amor.
Contra el infiel lucharemos
hasta morir ó vencer,
é invocando el gran poder
de Dios, siempre llevaremos
inspirados por su luz,
á la lid ensangrentada,
en una mano la espada;
en la otra mano la cruz! (Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

OBRAS DRAMATICAS DEL MISMO AUTOR

que corresponden á esta Administracion.

EL ANILLO DE FERNANDO IV.....	Drama en cuatro actos y en verso.
EL PUÑAL DE LOS CELOS.....	Idem en tres actos y en verso.
GALILEO.....	Idem en tres actos y en verso.
UN SUEÑO.....	Idem en cuatro actos y en verso.
UN CASO CRÍTICO.....	Comedia en un acto y en verso.
ASDRÚBAL.....	Tragedia en cinco actos y en verso.
ESTE COCHE SE VENDE.....	Zarzuela en un acto y en verso.
GENIO Y FIGURA.....	Idem en un acto y en verso.
LOS CÓMICOS EN CAMISA.. ..	Idem en un acto y en verso.
EL GRAN SUPPLICIO.. ..	Idem en dos actos y en verso.
LAS REDES DEL AMOR.....	Idem en un acto y en verso.
LA LUCHA DE LA CODICIA.....	Drama en un acto y en verso.
AGRIPINA.....	Idem en un acto y en verso.
LA VENGANZA DEL HONOR.	Tragédia en un acto y en verso.
LA PIEL DEL TIGRE.....	Comedia en cuatro actos y en verso.
UNA ROMERÍA AFORTUNADA.	Idem en un acto y en verso.

